

VIDA Y PENSAMIENTO
VOL 30, No. 1 (2010) 103-126

Afeite, adornos y sexualidad en las mujeres: una discusión desde la teología

GABRIELA MIRANDA GARCÍA

*“Orgullosas de su cuerpo,
lo adornan de la cabeza a los pies,
empleando todos los artificios,
afeites y perfumes, adornos lascivos,
capaces de inducir a tentación a los hombres que pasan ”*

Guillaume d’Auvergne
(1190-1249) teólogo y confesor

Resumen: Hay un refrán que versa “ni fea que espante ni bonita que encante”. Esta máxima popular mantiene dos ideas sobre la belleza de las mujeres: la fealdad no nos está permitida porque es de temerse, pero la mucha belleza es peligrosa porque tiene que ver con artes mágicas como el encantamiento. Este doble discurso sobre la belleza femenina, el cuerpo de las mujeres y el uso de los afeites y adornos,

será parte muy sutil del control masculino y de la dominación patriarcal. La teología no ha sido ajena a esta discusión y ha manifestado posiciones similares que otros discursos e instituciones sociales. Dar una mirada a esta posición nos ayudará a comprender la complicidad que muchas veces ha tenido la teología cristiana en las relaciones subordinadas de género.

Abstract: There is a saying in Spanish: “not so ugly as to be scary, but no so pretty as to charm”. This proverb contains two ideas concerning the beauty of women: they are not to be ugly because ugliness is feared, but too much beauty is dangerous because it is associated with magical arts, such as enchantment. This dualistic discourse on feminine beauty, women’s bodies, grooming and adornment, is part of a very subtle masculine control and patriarchal domination. Theological discourse has manifested a position very similar to those of society and institutions. A review of this position will help us to understand the complicity that Christian theology has often had in sustaining subordinate gender relationships.

El color rosa de los vestidos de niñas es algo que se lleva con más profundidad que una prenda desmontable. El rosado es parte de un calificativo y un estereotipo, y es por lo tanto, más un condicionante social que un accesorio. El vestido, el maquillaje o el peinado nunca han sido elementos casuales de nuestras relaciones sociales, comunican un mensaje. Con ellos logramos distinguirnos unas personas de otras y entonces aprendemos a delimitar algún tipo de relación. La prenda es un elemento de distinción entre los seres humanos y por supuesto, un signo de jerarquía.

La vida de las mujeres ha estado cruzada continuamente por improntas contradictorias que casi siempre les vienen de fuera; es decir, a partir de relaciones sistémicas de dominación entre hombres y mujeres, y con instituciones que contribuyen a su condición subordinada.

Palabras clave: belleza, afeites, adornos, cuerpo, patriarcal, género

Keywords: beauty, adornment, grooming, body, patriarchal, gender

La mayor parte de éstas se pronuncian sobre sus cuerpos, ya sea sobre la postura corporal, el uso del útero o el modo en que debe y no debe vestir. Desde mi punto de vista esta realidad está fuertemente cruzada por un determinado entendimiento de la sexualidad. Y esta sexualidad es sin duda, un lugar de disputa y contradicciones, pero sobre todo ha sido convertido en un lugar de poder.

Cuando hablamos de afeites, nos referimos sencillamente a un cosmético, es decir un químico de uso externo al cuerpo que sirve únicamente para embellecerlo. El adorno es también un elemento externo, un agregado, ambos son de carácter prescindible y provisional. Tanto uno como otro son usados para hacer que el cuerpo logre, a través del artificio, acomodarse a los estándares de belleza o salud como la altura, el color de la piel o la forma del cuerpo.

Casi siempre, cuando hablamos de afeites o adornos, hablamos de un protocolo que administra su uso, ya sea por edad, sexo o clase y que se establece por decreto o costumbre; es por ello que muchos de estos artificios llegan a constituirse como elementos rituales y su uso requiere de condiciones sociales y políticas específicas.

La historia del adorno o el vestido no inicia con “Coco” Chanel (1883-1971), porque es también la historia de nuestros cuerpos y la historia de relaciones en pugna, no sólo de género sino de clase, edad o raza. Es una historia muy antigua, en donde el adorno, el adoro del cuerpo femenino, juega un papel determinante para controlar y marcar nuestras andanzas, y nos conforma física y mentalmente como hombres y mujeres. Y siendo parte de las relaciones de género,

La historia del adorno o el vestido no inicia con “Coco” Chanel (1883-1971), porque es también la historia de nuestros cuerpos y la historia de relaciones en pugna, no sólo de género sino de clase, edad o raza.

es una historia arbitraria y contradictoria. Los cuerpos femeninos y los masculinos son cuerpos sexuados y los adornos y los afeites mantienen esta distinción patriarcal.

El afeitado, los vestidos, los adornos, no han escapado a la discusión teológica y religiosa. Sobre ellos se han hecho afirmaciones descabelladas y todas, tácita o explícitamente, han tenido que ver con el poder o no poder de seducción de las mujeres, el engaño de éstas a través del adorno y el señalamiento sobre el libre ejercicio de sus cuerpos y sexualidad. Por ello, en este texto trabajaremos el discurso teológico sobre el uso del afeitado y los adornos en los cuerpos de las mujeres como una forma de control y distinción moral entre lo bueno y lo malo y como un elemento de la dominación masculina y del sistema patriarcal.

1. “NO QUEREMOS QUE SEAS ANORÉXICA, SÓLO QUE LO PAREZCAS”: EL USO DE LOS AFEITES COMO UN DISCURSO CONTRADICTORIO

Hay contradicciones en la exigencia de la belleza para las mujeres. Se las anima a ello y se las censura por serlo. El límite de la belleza nunca es claro. En muchas discusiones, mitos, cuentos, chistes y estereotipos lo bello roza con lo peligroso. A las mujeres bellas se las acusa de atolondradas, perezosas, coquetas, torpes, de carácter débil y prontas al engaño. Pero a la vez se afirma que la belleza viene de la bondad del corazón, por ello las heroínas de los cuentos infantiles son “tan bellas como bondadosas”. Así que se elabora un discurso en donde la auténtica belleza sólo es posible si viene acompañada de un alma bondadosa. Sin embargo y a pesar de esto, la belleza como atributo femenino es siempre dudosa. Pero abundaremos sobre esto más abajo.

En la famosa novela de George Orwell, *Rebelión en la granja* (1945), después de que los animales han decidido rebelarse en contra del propietario, la primera que claudica y deserta de la ambicionada libertad es una yegua, Mollie. A ella se la describe como “la hermosa y torpe yegua blanca” que en la reunión fundante de la revuelta animal, llega retrasada y “agitando sus blancas crines en espera de atraer la atención hacia los lazos rojos con que había sido trenzada.” La novela cuenta que ella nunca trabajaba con esmero como el resto de los animales y que se quedaba contemplando su reflejo en el agua. La yegua ocultaba debajo de la paja “varias tiras de cintas de diferentes colores”. Finalmente, Mollie se va de la granja en rebelión a la quinta vecina. Los animales afirman que la han visto ensillada en un coche elegante y que “su pelaje estaba recién cortado y una cinta carmesí adornaba sus crines.” Así vemos retratada a una hembra que prefiere renunciar a la libertad antes que a los adornos proporcionados por su vida servil y doméstica.

De hecho, en la Alemania Federal (durante el mismo siglo en que las y los grandes creadores de la moda marcaron el mercado con su estilo y rúbrica), se esperaba que las mujeres no vistieran de manera llamativa, sino con la austeridad que correspondía a camaradas de un sistema socialista. En el diario LA NACIÓN [S.A.] de Costa Rica se tiene registro de una nota publicada en Berlín en el año 1958 que dice así:

Los comunistas están pidiendo la revisión del libro Eva, Cleopatra y tú, donde vienen consejos de belleza, por considerar que la obra está más bien escrita para cortesanas que para la mujer trabajadora de un estado socialista. (...) Los críticos dicen que la obra podría ser de interés para la mujer mundana de los países capitalistas, pero no para la joven que maneja el torno en un taller mecánico de la zona soviética alemana.¹

¹ *La Nación* 25 de enero de 2008, (Costa Rica), 2A

No es entonces casual la referencia de Orwell a los adornos en los años en que la industria de la moda estaba en su apogeo, acompañada de la censura comunista. Aquí vemos cómo existe un reparo al adorno femenino, entendido como propio de las mujeres disolutas y no de las trabajadoras. Se hace la división de quienes los usan y quienes no, las mujeres socialistas manejan tornos, tal como lo hacen los hombres, no tienen interés en ellos. Y se mantiene la idea de su empleo como un distractor y una vanidad.

La acusación sobre el adorno es curiosa porque se incita a las mujeres, por todos los medios, a adornarse como parte de “su ser mujer”, y a la vez se las condena y se las mira con recelo por ello. Este doble entendimiento lo tenemos en varios ejemplos, las hermanastras de la Cenicienta son feas y perversas, la Medusa es hermosa pero sus cabellos son peligrosas serpientes. La belleza y la maldad conviven de cerca en nuestros imaginarios. Ambas son ambiguas, como ambiguo es el discurso que las sostiene y como ambiguas son las líneas que las separan. Así mismo, las relaciones que establecemos entre géneros son contradictorias, y dado que la belleza femenina es parte de estas relaciones, su condición, como la misma condición de género es no sólo ambigua sino arbitraria. Las mujeres, al tratar de

porque se incita a las mujeres, por todos los medios, a adornarse como parte de “su ser mujer”, y a la vez se las condena y se las mira con recelo por ello... La belleza y la maldad conviven de cerca en nuestros imaginarios...

diferenciarlas de los hombres, quedan en una condición ambivalente que puede ser llevada desde lo prístino o sublime hasta lo maligno o monstruoso. Ambos extremos son fácilmente manipulables, ya sea con la exaltación o con la destrucción, pero ambos siempre pueden ser amordazadores y ambos son artificiales. Y son un reflejo del propio sistema binario que arbitrariamente se compone de extremos y coloca a un lado y otro, elementos irreconciliables y opuestos que muchas veces se manifiestan en relaciones sociales asimétricas.

Entonces mucha de la motivación o incitación a las mujeres sobre el embellecimiento de sus cuerpos, tiene que ver con la afirmación de la diferencia entre hombres y mujeres. Esta diferenciación es mantenida, reiteramos, por argumentos arbitrarios patriarcales, en donde los que el varón hegemónico es la norma, la cual coloca a las mujeres en calidad de diferentes. Si seguimos lo que dice Rafael Ángel Herra:

Las mujeres no sólo deben ser mujeres, sino que deben parecerlo.

Lo que salta, lo que sobresale, lo que relumbra por su diferencia, suscita movimientos urgentes de homogenización, es decir acciones (...) que recuperan las diferencias, las subsumen en lo conocido [o permitido] (en los sesenta y setenta, el Che, Mao, Marcuse se hacen mercancía), o bien, las repelen hasta hundirlas en lo perverso (hippies = Manson = criminales).²

Entonces el afeitado o el adorno en las mujeres tiene la función de convertirse en un normalizador que hace los cuerpos femeninos funcionales al patriarcado y sólo entonces aceptados. Las mujeres no sólo deben ser mujeres, sino que deben parecerlo. En palabras de Vigarello: “la historia de la belleza [y por lo tanto del arreglo corporal] no podía escapar a la de los modelos de género ni de identidades”³ La ambivalencia de los límites en su uso se deriva de esta misma lógica, porque la diferenciación entre cuerpos femeninos y masculinos es una diferenciación sujeta a historias y pugnas sociales concretas. Recordemos además, que esta diferencia socialmente no se manifiesta como diversidad sino como desigualdad. El discurso sobre el uso de los afeites como

² Rafael Ángel Herra. *Lo monstruoso y lo bello*. San José: UCR, 1999, 35.

³ G. Vigarello. *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005, 11.

una “normalización” de las mujeres, puede entonces considerarse como un acto de violencia. El artificio del adorno, es a la vez un elemento de sospecha y normalización.

2. “QUIERO QUE ELLAS SE VISTAN DECOROSAMENTE”: REFERENCIAS BÍBLICAS Y TEOLÓGICAS AL TEMA

Al respecto del tema de los adornos, la Biblia tiene interesantes apreciaciones como un modo de inculcar a las mujeres determinantes de conducta a través de recomendaciones, relatos e improntas. El texto bíblico mantendrá al respecto del tema las mismas consideraciones patriarcales, el mismo entendimiento ambiguo y contradictorio. Tendrá también sus propias ideas y calificativos. Los textos bíblicos y los argumentos teológicos hacen referencia a este tema por lo menos en tres sentidos: la belleza como un artificio de engaño y seducción sobre los hombres, la relación entre la prohibición de uso del adorno con el mandato del silencio y éstos como traición a la obra creadora de Dios.

2.1 “Engañosa es la belleza”: el doble discurso sobre la belleza y el uso de adornos

En los textos bíblicos se hace referencia al tema casi siempre como una advertencia sobre lo perjudicial que resultan los adornos, no para las mujeres, sino para los hombres. Efectivamente, el empleo de la cosmética es visto, no solamente como vanidad y subterfugio, sino como un elemento del engaño. El afeitado esconde imperfecciones, confunde u oculta, y lo que oculta bien puede ser peligroso. Por ello las mujeres tenidas como engañadoras los usan.

Miremos el texto en II Re 10: 30-37, en el que se describe la muerte de la reina extranjera Jezabel, esposa de Acab. Ella es acusada de

“hechicería” (II Re 9: 22), “adoradora de Baal y Aserá” (I Re 16: 31-33) y asesina de los profetas de Yahvé (I Re 18: 4). En el texto Jezabel, por sus acciones idólatras, es culpada de la muerte de su propio hijo, quien había sido el rey hasta ese momento y que había sido asesinado por Jehú, el nuevo rey que Yahvé ha elegido. Momentos antes de que Jehú ordenara el asesinato de Jezabel, el texto afirma que la reina se había sombreado los ojos y arreglado el cabello para recibirlo, al asesino de su hijo:

En los textos bíblicos se hace referencia al tema casi siempre como una advertencia sobre lo perjudicial que resultan los adornos, no para las mujeres, sino para los hombres.

Cuando Jezabel se enteró de que Jehú estaba regresando a Jezreel, se sombreado los ojos, se arregló el cabello y se asomó a la ventana. (II Re 9: 30)

¿Qué es lo que el texto insinúa, qué se supone que pretendía Jezabel? ¿Por qué colocar un detalle como este antes de su propio asesinato? ¿Qué sentido tiene en el texto hablar sobre esta particular acción de Jezabel? ¿Será que es una caracterización que se hace de la reina como parte de su vida engañosa, tramposa e idólatra? ¿O será que hace referencia a sus costumbres extrajeras de por si despreciables en Israel?

En Prov 31, en el llamado *Acróstico a la mujer ejemplar*, se hace referencia a la belleza como un adhesivo embaucador: “*los encantos son mentira, la belleza no es más que mera ilusión pero la mujer que honra a Yahvé esa es digna de alabanza.*” (31: 30)

El texto bíblico, como un texto formado por distintas tradiciones, épocas y luchas de poder, encierra en sus páginas diversas formas de entender, como en otros asuntos, el afeitado y adorno femeninos. El libro de Ester, pese a esta idea del engaño por el uso de los afeites,

mantiene un relato en donde su empleo se describe ampliamente y con detalle. Ahí se muestra las exigencias para las mujeres sobre este tema. Las doncellas reclutadas para ocupar el lugar de Vasti son acicaladas durante un año entero y Ester, la famosa reina que ayudó en la liberación de su pueblo, es sometida a estas mismas y aún mejores condiciones sin que el texto la censure por ello: “*El tiempo de preparación incluía seis meses de tratamiento con óleo y mirra, y otros seis meses con los aromas y perfumes que usan las mujeres.*” (2: 12). Más adelante dirá: “El rey gustó de Ester más que de las otras mujeres; halló ella, ante el rey, más gracia y favor que ninguna otra doncella, y el rey colocó la diadema real sobre la cabeza de Ester y la declaró reina, en lugar de Vasti” (2: 17)

Vemos como la Biblia, cuando se refiere al tema, mantiene una doble apreciación: las mujeres malas se adornan y lo hacen para engañar, las buenas lo hacen siempre que esto sea para agradar y no para seducir. Pero ambas son funcionales a un orden patriarcal y masculino.

2.2 “Por cuanto obedeciste la voz de tu mujer”: Advertencias sobre el uso del adorno como un engaño para usurpar el lugar del hombre

Dado que “desde tiempos inmemoriales lo femenino personifica la seducción”⁴ no será la primera vez que se repare en esto como una característica del comportamiento dudoso y hasta perverso de las mujeres. Quizás uno de los textos más populares sobre este tema en la Biblia, sea el de la 1 carta a Timoteo en el Nuevo Testamento, que versa:

⁴ Guilles Lipovetsky. *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Anagrama, 1999, 58.

En cuanto a las mujeres, quiero que ellas se vistan decorosamente, con modestia y recato, sin peinados ostentosos, ni oro, ni perlas ni vestidos costosos. Que su adorno sean las buenas obras como corresponde a mujeres que quieren honrar a Dios. (2: 9-10)

Gracias a trabajos como los de Elsa Tamez, logramos reconocer que estas advertencias recaían en las mujeres ricas, quienes eran las únicas que podían poseer estos adornos⁵- ya hemos dicho que el adorno es también un signo de distinción de clase y de jerarquía. Pero aún así, los afeites mantienen la idea de ser un equívoco.

Tal como en este texto neotestamentario, en algunos textos bíblicos referentes al tema, los adornos de las mujeres se articulan con dos preceptos patriarcales: 1) el silencio femenino o el no usar la vana palabrería y 2) la prohibición del dominio de la mujer sobre el hombre. En la carta a Timoteo la recomendación contigua a no usar adornos es el silencio. “La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión” (2ª Tim 2: 11) y después dirá: “No permito que la mujer enseñe ni domine sobre el hombre” (2 Tim 2: 12a) “que se mantenga en silencio” (2 Tim 2: 12b), reafirma.

Esta correspondencia se repite en el libro de Proverbios (7: 5 y 10), que en su descripción de las mujeres adúlteras menciona como características sus palabras seductoras y su apariencia de prostituta. Así vemos cómo la idea de mujeres engañosas tiene que ver con su cuerpo adornado y artificialmente embellecido y su palabra caprichosa. Bien lo descubre María-Milagros Rivera Garretas:

En la carta a Timoteo la recomendación contigua a no usar adornos es el silencio.

⁵ Elsa Tamez. *Luchas de poder en los orígenes del cristianismo. Un estudio de la 1ª carta a Timoteo*. San José: DEI, 2004.

*De Aristóteles es la asociación, una asociación paradójica pero que dará mucho de sí en el futuro, entre silencio femenino y adorno. Escribió este filósofo en su Política: 'Por eso debe aplicar a todos lo que el poeta dijo a la mujer: «en la mujer el silencio es un ornato», pero no en el hombre.*⁶

Esta correspondencia entre el uso y “abuso” de la cosmética y el silencio femenino dará cuenta de la dominación patriarcal que exige a las mujeres determinado uso de su cuerpo y determinado uso de su poder. Es decir, que el uso de las mujeres sobre sus cuerpos dependerá de las posibilidades del entorno patriarcal. Un adorno patriarcalmente mal llevado puede ser un lamentable error. La injerencia de las disposiciones masculinas sobre el cuerpo de las mujeres se verá reflejada en el valor que se le da al uso de los afeites, y este valor estará directamente relacionado con un tabú masculino sobre las mujeres: la sexualidad femenina. Algo de esto dice Lipovetsky: “Todo el orden de la seducción se ha construido en función de un sistema permanente de oposición distintivas entre lo masculino y lo femenino”⁷, de ahí que el orden de seducción sea un orden desventajoso, además de una vivencia desigual para hombres o para mujeres. En una sociedad desigual, experiencias como la sensualidad corren un gran riesgo en ser desiguales.

Así las monjas, por ejemplo, están ataviadas de tal modo que ningún adorno las cubre, ni los externos como el vestido ni los propios como el cabello. Su único atractivo es la pureza como una virtud que las separa de su poder sexual. El poder sexual en las mujeres, como sus trampas de seducción o sus hechicerías y artilugios, es un

⁶ María-Milagros Rivera Garretas. “Significados de la belleza del cuerpo: la cuestión del adorno femenino” en *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de la mujer*. Madrid: Horas y horas, 63.

⁷ Lipovetsky, *Tercera*, 46

“poder oculto” como lo llamará Clara Coria⁸, que básicamente quiere decir, un entendimiento masculino sobre las mujeres, en donde se cree que ellas poseen *mecanismos femeninos de poder* que son usados subrepticamente. Así la sexualidad es un “poder oculto” atribuido a las mujeres y el adorno lo intensifica pero además, ayuda a ocultarlo, lo enmascara y lo hace menos reconocible, pero a la vez más apetecible. Este “poder oculto” se ubica en los espacios privados e íntimos —la cama, la casa, el baño— pero su consecuencia para los varones se revela públicamente, como escarnio público, en la pérdida del dominio, autoridad o prestigio, los elementos básicos del poder patriarcal. Del relato de la Caída se ha sacado a colación que: “Eva [es] especialmente seducible [y] habiendo sido seducida por la maravillosamente apropiada serpiente/Satanás, posee entonces un poder sobre su marido al que él no puede resistir.”⁹ El argumento aquí gira alrededor de este “poder oculto” de la seducción.

Así la sexualidad es un “poder oculto” atribuido a las mujeres y el adorno lo intensifica pero además, ayuda a ocultarlo, lo enmascara y lo hace menos reconocible, pero a la vez más apetecible.

Según los mitos de los hombres, el poder masculino queda en desventaja o subsumido ante este poder malicioso. Por eso Sansón, a pesar de toda su fuerza, es derrotado por las insistencias verbales de una mujer engañosa y extranjera. Y bajo esta misma lógica es que recitamos el refrán: “jala más un cabello de mujer que una yunta de bueyes”, que pone en contraste una fuerza bruta contra una fuerza que parece inexistente, pero que se hace patente por el simple hecho de ser nombrada por el refrán. Notemos que enfoca

⁸ Clara Coria. *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*. Buenos Aires: Grupo editorial Latinoamericano, 1989, 137-139.

⁹ John Phillips. *Eva, la historia de una idea*. México D.F.: FCE, 1988, 111.

el cabello, probablemente una de las partes del cuerpo en donde se centran más mitos sobre la seducción de las mujeres.

El uso de adornos será un elemento más de *performancia* de las mujeres y de su subordinación, porque este uso estará calificado por un contexto social patriarcal, pero sobretodo su uso se relacionará con el peligro que las mujeres representan para restarle poder a los hombres a partir del engaño, que en el adorno y el afeitte, como vulgares máscaras, tiene una expresión evidente. Rivera Garretas dice: “los hombres son (...) presentados como no libres, ya que la capacidad de seducción del cuerpo femenino adornado tendría sobre ellos unos efectos imaginados como automáticos, como respuesta incondicional.”¹⁰ Los textos bíblicos mantendrán esta idea, por lo que advertirán de un poder oculto en las mujeres, centrado en el uso de sus facultades sexuales y eróticas, y promoverá en las mujeres su silencio y austeridad. Este círculo de advertencia y prohibición, terminará por asentar la condición subordinada de las mujeres como género.

Es aquí en donde más claramente el afeitte se hace parte de la sexualidad, no sólo porque ambos tienen el cuerpo como lugar común, y sobre todo los cuerpos de las mujeres, sino porque ambos están revestidos de mitos y tabúes, lo que hace que su socialización sea ambigua y contradictoria, permitida en algunos casos y censurada o hasta prohibida en otros, y estas diferencias están condicionadas por relaciones sociales de dominación.

2.3 “De la costilla hizo una mujer”: el pecado de modificar la creación de Dios

La sentencia de Dios por su creación es un irrefutable: “vio Dios que era bueno”. El entendimiento de cualquier dios estará ligado a sus posibilidades infinitas e incuestionables como creador.

¹⁰ Rivera Garretas, “Significados”, 64.

Si hay belleza, ésta tiene que venir de Dios; una cita medieval del Pseudo Dionisio Aropagita, logra dar cuenta de ello,

*... que la mujer
es una imagen
deformada de Dios
o por lo menos
más distante.*

Llamamos Hermosura a aquél que trasciende la hermosura de todas las criaturas, porque éstas la poseen como regalo de Él, cada una según su capacidad.

Como la luz irradia todas las cosas, así esta Hermosura todo lo reviste irradiándose desde el propio manantial.¹¹

Para la tradición cristiana patriarcal, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, mientras que la mujer se deriva de esa creación primera por lo que no es imagen directa, sino que viene del hombre. Esto no significa que sea un error creacional, sino simplemente que la mujer es una imagen deformada de Dios o por lo menos más distante. La mujer se vale de recursos para saldar esta distancia, pero esto sin duda significa para el entendimiento patriarcal, falsear las obras de la creación y mostrar cierto descontento. María Milagros Garretas-Rivera dice: “Desde el orden patriarcal se ve el adorno como un atentado contra la obra divina; desde el orden materno, el adorno indica amor hacia la obra de la madre. En el sentido del adorno femenino se dirime (...) algo de la competencia entre Dios padre y la madre en torno a la autoría de la vida humana.”¹²

La belleza femenina entonces contradice los designios de un Dios patriarcal, por un lado no debe seducir a los hombres que son imagen suya, tampoco debe darse a los placeres de la carne que

¹¹ Citado por Umberto Eco. *Arte y belleza en la estética medieval*. Barcelona: Lumen, 1997, 30.

¹² Rivera Garretas, “Significados”, 63.

evocan el Pecado Original y de ningún modo puede contradecir lo perfecto de su creación.

2.4 “El corazón alegre hermosea el rostro”: Los aportes de la teología en la oposición entre alma y cuerpo

Si sobre alguna cuestión ha opinado la iglesia, la religión cristiana y la teología ha sido sobre la sexualidad. La más de las veces para mal y siempre como un ente rector. Al respecto, la teología cristiana mantiene los postulados más conservadores y agrios de la civilización patriarcal occidental. Mucho de este entendimiento tiene que ver con la arbitraria distinción entre cuerpo y alma, que goza de muchos orígenes como una equivocada comprensión de la metafísica griega o aún peor, la apropiación del dualismo cartesiano como principio de la modernidad. Ello llevó a identificar el cuerpo con lo efímero, pasional y en últimas el pecado, mientras que el alma era el lugar de lo sagrado, eterno y hasta lo humano. El primero era dominado por el segundo, ya que la subordinación y sujeción eran necesarias para la salvación del alma. Esto abre una dicotomía irreconciliable entre la búsqueda del placer del cuerpo o la salvación del alma.

Dice Jean-Guy Nadeau que una verdadera y radical separación entre cuerpo y alma sería mejor que su simple oposición, porque entonces “se habría liberado a la sexualidad de la culpabilidad.”¹³ Entonces la separación no es suficiente argumento, se requiere de una subordinación. Este cuerpo subordinado a la salvación del alma es un *cuerpo cristianizado*, el cuerpo del cristianismo occidental. En esta misma lógica de subordinación, bajo este cuerpo culpable existen los cuerpos concretos de las mujeres, que por designio patriarcal se considera que están mucho más cercanos a la tierra, a la sexualidad y al placer, y son

¹³ Jaen-Guy Nadeau. “¿Dicotomía o unión del alma y el cuerpo? Los orígenes de la ambivalencia del cristianismo respecto al cuerpo” en *Concilium* 295, 76.

por lo tanto más peligrosos que los cuerpos de los hombres. Para mantener la idea de la subordinación aún con sus contradicciones, la teología y el discurso religioso afirmarán por ejemplo que la belleza del rostro es resultado de la belleza del alma, porque si la belleza pertenece al cuerpo y la bondad o el bien al alma, entonces la primera estará supeditada a la segunda. Es decir, que la belleza para serlo deberá cumplir con obligaciones morales y no meramente sensoriales. Esta obligación moral es precisamente su subordinación, de lo contrario se vuelve peligrosa y una mujer bella bien podría ser un monstruo. La belleza de las heroínas, que es casi siempre uno de sus atributos, estará emparejada con “su bondad y la pureza de su corazón”.

... bajo este cuerpo culpable existen los cuerpos concretos de las mujeres, que por designio patriarcal se considera que están mucho más cercanos a la tierra, a la sexualidad y al placer, y son por lo tanto más peligrosos que los cuerpos de los hombres.

Desde la Edad Media lo bello se equiparará con la trascendencia y por supuesto con el bien. “Si, por lo tanto, todas las cosas tienen en común que ‘tienden’ hacia el bien y lo bello, entonces el bien y lo bello son lo mismo.”¹⁴ Habrá otras posiciones, como aquellas que afirman que el bien se relaciona con la causa final y lo bello con la causa formal, pero lo que podemos constatar es que la discusión de vincular bien y belleza se mantiene.

La valoración de los cuerpos se ha visto afectada por esta oposición entre el alma y el cuerpo. Por ejemplo, durante muchos años se privilegió en los cuerpos la parte superior a la inferior, como zonas ennoblecidas y zonas envilecidas, ello bajo la misma idea de oposición y sometimiento entre celeste/terrestre, trascendente/intrascendente, divino/humano, etc. Así los afeites se concentraban

¹⁴ Eco, *Arte*, 36.

en las zonas privilegiadas del cuerpo que eran además las áreas descubiertas. En un diálogo entre madre e hija, registrado a fines del siglo XVI, se puede reconocer esta diferenciación asimétrica: “¿Qué necesidad hay de preocuparse por las piernas si no es algo que haya que mostrar?”¹⁵

La idea de la oposición y subordinación entre alma y cuerpo, limitará al cuerpo a un papel funcional y ligado a los anti valores del alma, como la carnalidad, los placeres y la sexualidad. La desnudez en el cristianismo es un concepto teológico, más que moral, porque recordará siempre el Pecado Original. Dice Erik Peterson que con el Pecado Original “el cuerpo fue ya visible en su corporalidad total –incluida la sexualidad– fue ya visible en toda su desnudez”.¹⁶ El cuerpo desnudo es un cuerpo evidentemente (y peligrosamente) sexuado. Durante mucho tiempo se creyó que el Pecado Original era el descubrimiento de la sexualidad, de la sexualidad como fuente de placer. En la pintura *Eva y el futuro: La serpiente* (1880) de Max Kliner, vemos a Eva contemplándose embelesada en un espejo que la serpiente le muestra. Aquí el pecado de Eva parece derivar de su propio pecado de vanidad. Así,

*[T]odas las supuestas flaquezas de Eva –curiosidad, **vanidad**, inseguridad, credulidad, codicia y falta de fuerza moral y habilidad de razonamiento–, combinadas con sus poderes [lo que antes hemos llamado “poder oculto”] supuestamente mayores de imaginación, **sensualidad** y conspiración, se encuentran presentes en la interpretación **sexual** de la Caída, que considera la primera transgresión como **actividad carnal humana**. Según esta interpretación, comer el fruto prohibido no es sino*

¹⁵ Citado por G. Vigarello, 20

¹⁶ Erik Peterson. “Teología del Vestido” en *Ensayos teológicos*, Madrid: Cristiandad, 1976, 222

*un eufemismo por una **relación sexual** entre Eva y la serpiente, o entre Eva y su marido; o el comer el fruto prohibido da a Eva una **conciencia sexual** que lleva a seducir a su marido.*¹⁷

El adorno femenino será signo de la invitación sexual como parte del rol social impuesto a las mujeres, quienes se cree son sexualmente insaciables y naturalmente engañosas. La mujer se embellece para la seducción, como su recurso *mágico*, como su poder frente al dominio del hombre. Su propia *naturaleza corporal*, más alejada de Dios y más cercana a la tierra, la hace menos apta para controlar su cuerpo y someterlo a las piadosas exigencias del alma. Pero además la mujer está permanentemente desnuda. Según María-Milgros Rivera Garretes “la mujer está desnuda (...) no dispone del envoltorio que es, en las partes, tiempos y fragmentos de su vida que se desenvuelven en el orden sociosimbólico patriarcal”.¹⁸ El orden patriarcal que la despoja de su cuerpo físico y social, la obliga a valerse de elementos externos y artificiales para poder representarse, por supuesto que estos elementos son proporcionados por las propias relaciones patriarcales.

Evidentemente los teólogos no sólo se limitaron a opinar sobre el vestido como una solución metafísica al pecado¹⁹, sino que también emitieron un criterio teológico sobre el uso de los afeites, pero esta vez a partir de un entendimiento sobre la seducción y el engaño, la censura del cuerpo y la evasión y temor a la

El adorno femenino será signo de la invitación sexual como parte del rol social impuesto a las mujeres de quienes se cree son sexualmente insaciables y naturalmente engañosas.

¹⁷ J. Phillips, *Eva*, 108. El énfasis es nuestro.

¹⁸ Rivera-Garretas, “Significados”, 63

¹⁹ E. Peterson, “Teología”, 221-222

sexualidad, pero sobretodo del concepto de mujer. Es interesante ver cómo una disciplina como la teología discutió sobre una temática que parece más bien doméstica, lo que nos lleva a pensar y reconocer que los usos y costumbres son en realidad tan políticos como la palestra pública.

3. “TODO LO HERMOSA QUE ES DE DESEAR”: LAS MUJERES Y EL CONTROL PATRIARCAL DE LOS AFEITES

Me resulta interesante la frase con la que se encabeza este capítulo: “Todo lo hermosa que es de desear”, porque marca un límite para la belleza, que no es el deseo propiamente, sino lo que se es deseado. Es decir, se es tan hermosa como otro deseo lo pretenda, ni más ni menos: será hermosa en tanto mi deseo se lo permita, su hermosura tendrá la medida exacta de mi deseo. El límite no es personal, aunque el arreglo lo sea; el límite lo impone el deseo de otros. Como el afeitado se inserta en los cuerpos, es necesario reconocer la importancia de su uso como parte del control corporal.

La belleza será un atributo primordialmente femenino mientras que la fuerza será el atributo masculino. No en balde decimos que ella debe ser “buena, bonita y barata” y él “feo, fuerte y formal”. Serán entonces atributos de identidad, es decir, que la belleza es un atributo para ser mujer lo mismo que la fuerza lo es para el hombre. Ambos atributos tienen que ver con los roles sociales impuestos y por cumplir.²⁰ Mientras que una sirve, el otro provee. Así el uso de los afeites tenderá a mantener y subrayar estas diferencias, las cuales se modificarán a lo largo del tiempo como construcciones sociohistóricas que son. Por ejemplo, el vestido, los accesorios, el corte de pelo, el maquillaje

²⁰ G. Vigarello, *Historia*, 30

y hasta los aromas del siglo 20, estaban destinados a promover y resaltar a “la mujer emancipada.” El pelo corto, los pantalones y el desuso del corsé fueron signos modernos y urbanos que acompañaron, con muy buenas ganancias financieras, la idea de “la nueva mujer”.

El afeitado y los adornos, como otros fenómenos sociales son contradictorios y obedecen a luchas de poder. Los adornos ostentosos y costosos, los incómodos zapatos, los apretados corsés, los químicos para blanquear los rostros, son muchas veces un signo de la derrota de las mujeres. Los afeites y adornos implican un control sutil y difuso del cuerpo de las mujeres. Ellos encierran nociones de dominación masculina, ideas sobre los modelos aceptados (más o menos) de mujeres, siempre legitimados por el patriarcado. El doble discurso sobre ellos, pone en evidencia esta forma de control que en determinadas ocasiones se difumina y en otras se arrecia. El control de los afeites no parece estar directamente relacionado con la dominación masculina, porque muchas veces hablar de afeites tiene que ver con cierto nivel de licitud, mucho menos cuando la moda es “cosa de mujeres”.

Los afeites y adornos implican un control sutil y difuso del cuerpo de las mujeres, ellos encierran nociones de dominación masculina, ideas sobre los modelos aceptados (más o menos) de mujeres, siempre legitimados por el patriarcado.

Pero a lo largo de la historia las mujeres han vivido con cuerpos cristianizados, es decir cuerpos ocupados. La ocupación corporal inicia y termina con el control del útero. De un útero limitado al placer masculino y a la reproducción. La diferenciación de la sexualidad masculina y femenina no es sólo biológica sino social, lo que es más, es biológica como social es primero. Las mujeres, como género, viven de una sexualidad sometida a los intereses patriarcales; los lineamientos sexuales, están delimitados por estos

mismos intereses. La sexualidad como el arreglo, deben ser de tal forma que sean moralmente aceptables. El cuidado y preservación de la sana moral es en realidad la preservación de los valores patriarcales. Los afeites y el adorno son sólo un ejemplo, pero deviene en más, en sociedades cuyos valores son la castidad, la virginidad, la belleza de cuerpos sobresexuados o la heterosexualidad.

La teología y las prácticas religiosas son congruentes pero además cómplices con estas exigencias que parecen inofensivas, pero que en realidad constituyen un parámetro de ordenamiento. La sexualidad y las prácticas sexuales, van sin duda acompañadas de valores morales. En sociedades latinoamericanas, parcialmente occidentalizadas, estas normas morales son primariamente cristianas. No es en balde, que muchas iglesias mantengan “reglamentaciones” verbales y aún escritas, sobre el vestido y arreglo de las mujeres, el largo de la falda o el cabello, los colores o el uso restricto del maquillaje. Las mujeres mantienen en sus cuerpos los postulados morales de la sociedad en la que viven inmersas; ellas desde su rol femenino, mantendrán estilos de sociedades basadas en el honor y la vergüenza. La argumentación de este vestido es, en buena parte, un argumento teológico. Como dice Foucault: “[En el caso de la moral cristiana, las reglas de conducta sexual] se hacen en el marco de un sistema de conjunto que define según principios generales el valor del acto sexual e indica bajo que condiciones podrá ser o no legítimo (...)”²¹

La teología y las prácticas cristianas no han sido ajenas a esta forma de control, sobretodo porque permiten centrarse en el cuerpo y en la sexualidad, materias fundamentales en el cristianismo occidental. Su papel ha sido la mayor parte de las veces de censor y controlador; el control de la sexualidad tendrá que ver con el dominio del cuerpo en

²¹ Michel Foucault. *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres* (17ª reimp). Cd. de México: Siglo XXI, 2009, 58.

general, de hombres y mujeres y por supuesto, en particular con el control del útero, ambas son en realidad dominaciones patriarcales y serán gestoras de múltiples dominaciones.

Se hace necesario como parte de nuestras prácticas pastorales y quehaceres teológicos, preguntarnos sobre temas que suelen pasar desapercibidos. Reglamentaciones en torno a un cosmético o cierta altura de la falda o largo del cabello pueden esconder más que una simple instrucción bíblica. Puede ser que estén en complicidad con relaciones de dominación que poco o nada tienen que ver con la práctica y el anuncio del Reino de los Cielos.



Gabriela Miranda es estudiante de maestría de la UBL y forma parte del equipo del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI).

Bibliografía

- Lipovetsky, Guilles. *La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Coria, Clara. *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder*. Buenos Aires: Grupo editorial Latinoamericano, 1989
- Rivera Garretas, María-Milagros. “Significados de la belleza del cuerpo: la cuestión del adorno femenino” en *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de la mujer*. Madrid: Horas y horas
- Eco, Umberto. *Arte y belleza en la estética medieval*, Barcelona: Lumen, 1997
- Nadeau, Jaen-Guy. “¿Dicotomía o unión del alma y el cuerpo? Los orígenes de la ambivalencia del cristianismo respecto al cuerpo” en *Concilium* 295, 75-84.
- Vigarello, Georges. *Historia de la belleza. El cuerpo y el arte de embellecer desde el Renacimiento hasta nuestros días*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Peterson, Erik. “Teología del Vestido” en *Ensayos teológicos*, Madrid: Cristiandad, 1976, 221-227.
- John Phillips. *Eva, la historia de una idea*, México D.F: FCE, 1988.
- Herrá, Rafael Ángel. *Lo monstruoso y lo bello*. San José: UCR, 1999.
- Tamez, Elsa. *Luchas de poder en los orígenes del cristianismo. Un estudio de la 1ª carta a Timoteo*. San José: DEI, 2004.